

fueron saqueadas; se crearon comisiones militares que bajo el título de tribunales de purificación eran agentes de venganzas, y hasta se vendieron como esclavos á los dueños de viñas y cañaverales de la costa del Perú, los prisioneros de guerra de las últimas jornadas (13). No por esto desmayó el espíritu varonil de los pueblos del Alto Perú. La resistencia pasiva era indomable, la insurrección cundía á la menor señal, y hasta los toscos indios armados de macanas, de hondas y de flechas se lanzaban estoicamente á una muerte casi segura con la esperanza de que pronto serían vengados (14).

En tal situación, el general español sin poder retroceder ni atreverse á avanzar, se limitó á mantenerse con un pie en la frontera del Alto Perú y otro en la de Salta. Distribuyó convenientemente una parte de ejército para asegurar las comunicaciones por su retaguardia, situó su cuartel general en Tupiza, y avanzó su vanguardia hasta Salta, á la espera de refuerzos del Bajo Perú para emprender operaciones decisivas. Esto no hizo sino empeorar la situación. Mientras el país que quedaba á su espalda se insurreccionaba de nuevo y atacaba su retaguardia, otro país animado de decisión no menos indomable se levantaba en masa á su frente, resuelto á disputarle el terreno, y atacaba su vanguardia en Salta.

Bajo la protección de estos dos levantamientos populares, el ejército patriota reconcentrado en Tucumán, se reorganizaba y se reforzaba, sirviendo de reserva á las guerrillas de Salta, é impedía que el enemigo acudiese con todo su poder á

(13) Urcullu: «Apuntes para la historia de la revolución del Alto Perú», pág. 69. — Proceso de Landívar, ya citado. (M. S.)

(14) García Camba, general español y actor en los sucesos, hablando de las guerrillas sueltas del Alto Perú en esta época (1814), dice: «No obstante las pérdidas que casi siempre sufrían, alimentaba su entusiasmo la esperanza de verse prontamente protegidos, y aun vengados, por un poderoso ejército de la patria.» (Memorias, etc., t. I, cap. VI, pág. 135.)

sofocar las insurrecciones del Alto Perú. Sin estas diversiones el ejército derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, habría sido batido nuevamente ó tenido que retroceder ante la vanguardia triunfante del enemigo, aun con San Martín á su cabeza y el refuerzo que éste trajo de Buenos Aires (700 hombres). Así lo comprendió el mismo San Martín, y por eso desde el primer momento (bien aconsejado por Belgrano en esto) todo su plan de campaña se redujo á fomentar la insurrección del Alto Perú y á dar organización y consistencia á la guerra de partidarios por la parte de Salta (15).

Después nos ocuparemos detenidamente de la guerra de partidarios en Salta. Por ahora nos contraeremos á las insurrecciones del Alto Perú en 1814 á espaldas del enemigo, una de las páginas más brillantes y menos conocidas de la revolución argentina.

VII

El General Belgrano, después de la derrota de Ayohuma, y al tiempo de evacuar el territorio del Alto Perú (diciembre de 1813) había dejado como gobernador de Cochabamba y Comandante general de las armas patriotas á retaguardia del

(15) Ya se ha visto que San Martín decía en febrero 13 de 1814 que no conocía la topografía del país, ni sus hombres, ni sus costumbres, á lo que agregaba: «Siendo estos conocimientos de absoluta necesidad para hacer la guerra, sólo este individuo (el General Belgrano) puede suplir su falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias de que carezco (como lo ha hecho hasta aquí) para arreglar mis operaciones, pues de todos los demás oficiales de graduación que hay en el ejército no encuentro otro de quien hacer confianza, ya porque carecen de aquel juicio y detención que son necesarios en tales casos, ya porque no han tenido los motivos que él para tener unos conocimientos tan extensos é individuales como los que él posee.» — Archivo General de Guerra, 1814. (M. S.)

enemigo, al coronel don Juan Antonio Álvarez de Arenales. Al mismo tiempo, nombró gobernador de Santa Cruz de la Sierra al coronel Ignacio Warnes, subordinándolo en lo militar á Arenales. Sólo dos hombres del temple de Arenales y Warnes podían encargarse de la desesperada empresa de mantener vivo el fuego de la insurrección en las montañas del Alto Perú, después de tan grandes desastres, completamente abandonados en medio de un ejército fuerte y victorioso, y sin contar con más recursos que la decisión de poblaciones inermes y campos devastados por la guerra.

Arenales es, por sus antecedentes, por su carácter típico y por la originalidad de sus hazañas, uno de los hombres más extraordinarios de la revolución argentina. Aunque nacido en España (16), habíase educado en Buenos Aires, y se decidió con ardor por la causa americana desde el 25 de mayo de 1809. En esta época, tomó parte en la revolución que estalló en Chuquisaca, de la que fué nombrado comandante de armas. Perseguido á consecuencia de este suceso, permaneció prisionero en las casas-matas del Callao hasta que en 1812 las cortes de Cádiz abrieron las puertas de su prisión. Al tiempo de la batalla de Tucumán hallábase en la ciudad de Salta, donde encabezó un pronunciamiento patriota, que inmediatamente sofocado, fué, para él, origen de nuevas persecuciones. Incorporado al ejército del General Belgrano en 1812, antes de la batalla de Salta, le acompañó en su expedición al Alto Perú, manteniéndose durante toda la campaña sobre el flanco del enemigo en Cochabamba, y cooperó con inteligencia y energía al éxito de las operaciones. Era Arenales un estóico por temperamento, que se trataba á sí mismo con más dureza que á los demás. Austero en sus costumbres, tenaz en sus propó-

(16) Nació en la Villa de Reynosa (Castilla la Vieja) el 13 de junio de 1770, según la leyenda puesta por su hijo al pie de su retrato.

sitos y de una actividad infatigable, reunía á las virtudes civiles del ciudadano, los talentos del administrador, y á una voluntad inflexible en el mando, una cabeza fértil en expedientes en medio de las circunstancias más difíciles de la guerra. En su rostro adusto jamás se reflejó la sonrisa, ni las impresiones del dolor físico. Sus ademanes severos y bruscos, su mirada siempre seria, su cabeza casi cuadrada como la de un león domesticado y sus facciones incorrectas que se destacaban enérgicamente en un óvalo prolongado, daban autoridad á su persona y á sus mandatos imperativos, no obstante cierto aire cómico y vulgar que contrastaba con su habitual gravedad. Bajo esta rústica corteza se escondía una alma ardiente, llena de bondad nativa, más apasionada por el deber que por la gloria, y que parecía buscar sus acres goces y encontrar su equilibrio en medio de los peligros y trabajos. Tal era el gobernador de Cochabamba, destinado á insurreccionar el Alto Perú á retaguardia del enemigo victorioso, cuyas calidades, aunque notables, no prometían ciertamente al precursor y al maestro de una escuela de partidarios en Sud-América (17).

San Martín, informado por Belgrano de estos antecedentes y del carácter de Arenales, se puso en comunicación con él, y despachó sucesivamente dos expediciones en su auxilio, remitiéndole armas y municiones al cargo de oficiales destinados á ayudarle en sus operaciones. Al mismo tiempo escribía al gobierno: « Mi objeto es promover la insurrección de los » naturales del Perú y hacer al enemigo la guerra de partida-

(17) En cuanto á Warnes, su papel, como se verá, es secundario respecto de Arenales dentro de nuestro cuadro histórico. Hijo de Buenos Aires que se había distinguido en 1807 en la defensa de su ciudad natal combatiendo contra los ingleses (no obstante ser descendiente de inglés, como su apellido lo indica), Warnes debía ilustrarse más tarde con hazañas extraordinarias, muriendo como un héroe al frente de partidarios oscuros, en el mismo teatro ilustrado por Arenales, en cuya escuela se formó. V. « Hist. de Belgrano, » t. II, pág. 31.

» rios, á cuyo efecto le he dado (á Arenales) instrucciones sobre el modo como debe hostilizar al enemigo » (18).

Casi al mismo tiempo que San Martín promovía la guerra de partidarios por el frente y la retaguardia del enemigo, y expedía á Arenales las instrucciones de que se ha hecho mención, firmaba con mano firme una sentencia de muerte que se liga naturalmente con los sucesos del Alto Perú de que venimos ocupándonos.

Durante la permanencia de Belgrano en Alto Perú, tomóse prisionero en Santa Cruz de la Sierra al coronel español Antonio Landivar. Había sido éste uno de los agentes más despiadados de las venganzas de Goyeneche, y en consecuencia el general le mandó formar causa « no por haber militado » con el enemigo en contra de nuestro sistema (dice en su » auto) sino por las muertes, robos, incendios, saqueos, violencias, extorsiones y demás excesos que hubiese cometido » contra el derecho de la guerra » (19). Reconocidos los sitios en que se cometieron los excesos y levantaron los cadalsos por orden de Landivar, se comprobó la ejecución de 54 prisioneros de guerra, cuyas cabezas y brazos habían sido cortados y clavados en las columnas miliarias de los caminos. El acusado declaró que sólo había ajusticiado 33 individuos contra todo derecho, alegando en sus descargos haber procedido así por órdenes terminantes de Goyeneche, las que exhibió originales.

(18) Oficios de San Martín al Gobierno de 5 y 25 de marzo de 1814 (M. S. del Archivo general de Guerra.) — En la primera expedición envió San Martín 14 oficiales con algunos recursos é instrucciones. En la segunda expedición envió al coronel Martín Centeno con 50 fusiles con fornituras, 150 lanzas, 400 cartuchos á bala y otros artículos de guerra, según consta de los citados oficios.

(19) Auto de Belgrano de 29 de abril de 1812 que sirve de cabeza al proceso de Landivar, citado en la nota 16 de este capítulo (M. S. del Archivo General.)

He aquí en extracto algunas de las órdenes de Goyeneche: « Potosí, diciembre 11 de 1812 — Marche V. sobre Chilón » rápidamente y obre con energía en la persecución y castigo » de todos los que hayan tomado parte en la conspiración de » Valle Grande, *sin más figura de juicio* que sabida la verdad militarmente. » Otra : « Potosí, diciembre 26 de 1812. » Tomará las nociones al intento de saber los generales caudillos y los que les han seguido de pura voluntad, *aplican » do la pena de muerte á verdad sabida sin otra figura de » juicio*. Defiero á V. todos los medios de purgar ese partido » de los restos de la insurrección que *si es posible no quede » ninguno*. » — En 5 de diciembre de 1813 se reitera la misma orden, y á 11 del mismo mes y año, contestando á Landivar, le dice Goyeneche: « Apruebo á V. la energía y fortaleza » con que ha aplicado la pena ordinaria á unos y la de azotes » á otros, y le prevengo que á cuantos aprehenda con las armas en la mano, que hayan hecho oposición de cualquier » modo á los que mandan, convocado y acaudillado gente para la revolución, sin más figura de juicio que sabida la verdad de sus hechos y convictos de ellos los pase por las armas. — Apruebo la contribución que acordaba imponer á » todos los habitantes que han tomado parte en la conspiración, ó la han mirado con apatía ó indiferencia. » Por último, en varios otros oficios tanto Goyeneche como su segundo el General Ramírez, escriben á Landivar : « Sólo creo » prevenirle que no deje un delincuente sin castigo á fin de » fijar el escarmiento en los ánimos de esos habitantes » (20).

En vista de esos descargos, la defensa fué hecha con toda libertad y energía por un oficial de Granaderos á caballo, quien refutó con argumentos vigorosos las conclusiones del

(20) Todas estas órdenes constan originales en el proceso ya citado. (M. S.)

fiscal de la causa, invocando el principio de fidelidad que debía á sus banderas aun cuando fuesen enemigas, y la inviolable obediencia que debía á sus jefes, tratando de ponerlo bajo la salvaguardia de los prisioneros de guerra (21). Tal es la causa que con sentencia de muerte fué elevada á San Martín el 15 de enero del 1813, y que él con la misma fecha mandó ejecutar, escribiendo de su puño y letra « cúmplase », sin previa consulta al Gobierno como era de regla.

Al justificar la necesidad y urgencia de este proceder, San Martín escribía al Gobierno : « Aseguro á V. E. que á pesar » del horror que tengo á derramar la sangre de mis semejantes, estoy altamente convencido de que ya es de absoluta » necesidad el hacer un ejemplar de esta clase. Los enemigos » se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los » revolucionarios, sin otro crimen que reclamar éstos los derechos que ellos les tienen usurpados. Nos hacen la guerra » sin respetar en nosotros el sagrado derecho de las gentes y » no se embarazan en derramar á torrentes la sangre de los » infelices americanos. Al ver que nosotros tratábamos con » indulgencia á un hombre tan criminal como Landivar, que » después de los asesinatos cometidos aun gozaba de impunidad » bajo las armas de la patria; y, en fin, que sorprendido en un » transfugato y habiendo hecho resistencia, volvía á ser con- » finado á otro punto en que pudiese fomentar como lo hacen » sus paisanos el espíritu de oposición al sistema de nuestra » libertad, creerían, como creen, que esto más que modera- » ción era debilidad, y que aun tememos el azote de nuestros » antiguos amos » (22).

Este grito vibrante del criollo americano, debía resonar por

(21) Consta escrito en el mismo proceso. (M. S.)

(22) Oficio de 16 de abril de 1814. — Archivo General de Guerra. (M. S.)

largos años en los campos de Salta, y repercutir en las montañas del Alto Perú, obligando á los antiguos amos á reconocer á los partidarios como á soldados regulares y á tratar á los revolucionarios como á individuos amparados por el derecho de gentes.

El proceso Landivar da una idea del modo cómo se hacía en aquella época la guerra en el Alto Perú. Verdad es que las guerrillas sueltas, que por la independencia con que obraban unas de otras se denominaban « republiquetas », respondían á su vez con tremendas represalias, y marcaban su trayecto con cabezas cortadas que colocaban clavadas en altas picas á la orilla del camino que debían recorrer los realistas. Según la expresión de un historiador contemporáneo del mismo país, » la guerra tomaba cada día un aspecto más horrible; pero » las escenas de sangre á nadie atemorizaban. Cinco años de » combates y suplicios acostumbraron á los habitantes del » país á ver con serenidad las calamidades de una lucha encarnizada : nadie temía verter su sangre, y todos deseaban derramar la de sus contrarios » (23). Tal era la guerra en que iba á tomar parte Arenales, acaudillando la quinta insurrección de la heroica Cochabamba.

No se comprenderían bien las operaciones militares que van á seguirse, respecto de las cuales nada se ha escrito hasta hoy, sin echar antes una ojeada sobre el terreno en que van á desenvolverse.

El Alto Perú se divide en tres regiones, comprendidas entre dos cadenas de montañas, que forman el doble nudo de la cordillera de los Andes, de que hemos hablado antes. Entre ambas cordilleras se desenvuelven horizontalmente á 4,000 y 4,400 metros sobre el nivel del mar, las grandes mesetas conocidas en la geografía con la denominación de llano bolivia-

(23) Cortés : « Ensayo sobre la historia de Bolivia, » p. 80.

no. La cordillera occidental corre paralela al mar Pacífico dominando terrenos áridos y despoblados, desde el desierto de Atacama (que es una alti-planicie) hasta los primeros valles de la costa del Bajo Perú. El llano central, región poblada aunque inclemente, es el camino natural entre la República Argentina y el Bajo Perú, y había sido el teatro de las operaciones de los ejércitos en las dos anteriores campañas. La cordillera oriental, dominada por los más altos picos de los Andes cubiertos de nieves perpetuas, es, por el contrario, un verdadero paraíso intertropical. Á su pie, por la parte del poniente, se extiende el risueño valle de Clisa, donde se asienta la ciudad de Cochabamba, que comunica con el llano central por cuestas de fácil acceso, y con Chuquisaca por los valles que se suceden en la misma dirección hasta el sudeste. Al nacimiento de esta cordillera y á espaldas de Cochabamba, se encuentra el Valle Grande, situado entre los últimos contrafuertes de los Andes por esta parte, que determinan el sistema hidrográfico que va á derramar sus caudales en el Amazonas. Más al nordeste está situada Santa Cruz de la Sierra, en medio de una vasta llanura cubierta de selvas vírgenes. Los confines de esta región son los territorios de Mojos y Chiquitos que se inclinan gradualmente hasta el nivel de las aguas del Océano Atlántico, lindando con el Brasil, el Paraguay y el Gran Chaco Argentino.

Con esta explicación se comprenderá bien que dominando el ejército realista el llano central y los valles circunvecinos al poniente de la cordillera oriental, la posición de Arenales en Cochabamba era insostenible con los escasos elementos de que podía disponer, y que sólo le quedaba franco el camino del Valle Grande á su espalda. Por este camino podía ponerse en contacto con Santa Cruz de la Sierra, á cuyo frente se hallaba Warnes y abrir comunicaciones con las Provincias Argentinas por la parte del Chaco. Á la vez podía tomar por la espalda á Chuquisaca ó á Cinti, con sólo faldear los contra-

fuertes de los Andes al nacimiento, dejando á Santa Cruz á su espalda, y marchar siempre por llanuras al abrigo de bosques y desfiladeros (24).

VIII

En la imposibilidad de sostenerse en Cochabamba, Arenales emprendió su retirada á los 15 días de la batalla de Ayohuma (29 de noviembre) al frente de 60 fusileros, cuatro cañones de pequeño calibre, algunos pocos jinetes y una inmensa muchedumbre armada de hondas y macanas que cubría la retaguardia y los flancos. Al principio trató de sostenerse en el inmediato valle de Mizque; pero, vivamente perseguido, tuvo que trasponer la cumbre de la cordillera oriental y situarse en las vertientes del nacimiento. Alcanzado en el pueblo de Chilón, consiguió rechazar á sus perseguidores, y continuó su marcha al Valle Grande con el objeto de hacerse fuerte allí, abriendo sus comunicaciones con Santa Cruz de la Sierra.

En Valle Grande, Arenales aumentó sus fuerzas, formando un batallón de infantería con 165 fusiles y dos escuadrones de caballería, y se le incorporaron algunos caudillos con sus partidas sueltas. La insurrección se propagó por todos los valles inmediatos de la cordillera oriental. Alarmado Pezuela con este movimiento que se producía á retaguardia, desprendió una columna de 600 veteranos con tres piezas de montaña

(24) Véase el « Mapa de Bolivia, » levantado por Ondarza y Mujía en 1859 — « Carte générale de la Bolivie » por d'Orbigny, levantada en 1839, (Voyages dans l'Amérique Méridionale, t. VIII. Atlas) — « Esquisse hypométrique des nœuds de montagnes et ramifications de la Cordillère des Andes, etc. » par Humboldt. (Atlas de la « Rel. Hist. etc. »)